

EN EL CENTENARIO DEL ARQUITECTO FRANCISCO MORA BERENGUER (1)



Excmo. Sr. D. Francisco Mora Berenguer. Doctor Arquitecto y Presidente de la Real Academia de San Carlos.

La Real Academia de San Carlos tomó el acuerdo de celebrar en el día de apertura del ejercicio académico la conmemoración del centenario —que en este año se cumple— del nacimiento de don Francisco Mora Berenguer.

Habremos de alternar, pues, con el júbilo de aquellos que recogen los premios, el emocionado recuerdo a quien nos dejó; pero también ufanos, al poder demostrar cuán orgullosa está la Real Academia al rendir homenaje a uno de sus miembros más preclaros.

No será este caso una elegía más o menos brillante, sino una exposición de obras —que son las buenas razones—, y un ruego, que por estimarlo de

justicia, creo será el deseo de esta Corporación, constituyendo así un legado a la administración pública y a los compañeros supervivientes, para que les sirva de escudo en sus lides artísticas y estímulo en los estudios.

* * *

Gozaba de una personalidad tan indiscutible que no precisaba grabar su nombre en los sillares de sus edificios, pues bien alto lo hacía asomar a los labios cuando era admirada aquella severidad en las masas,

(1) Texto del discurso de apertura del ejercicio académico 1975.

aquel exquisito primor en los detalles, aquella vasta ilustración con que trataba todos los temas y, sobre todo, aquel superior garbo y talante para sacar provecho de las otras Bellas Artes al servicio de la arquitectura.

* * *

Nació el 7 de septiembre de 1875 en la ciudad de Sagunto, donde desarrolló sus primeros estudios, trasladándose luego a Barcelona, en unión de sus padres, comenzando en la Escuela de Arquitectura y compaginando ya su quehacer diario con su vocación wagneriana y las visitas al taller que Gaudí instalara en la cripta del templo expiatorio.

Antes de cumplir los 23 años ya era arquitecto municipal de Gandesa y el año 1961, el 24 de enero, tras 63 años de dedicación a su profesión y 85 de vida, la voluntad de Dios quiso atraérselo acompañado de su más joven hijo.

Entre ambas fechas, la cantidad de cargos, recompensas y distinciones haría que su sola enumeración prolongase más de lo que la prudencia aconseja estas palabras de recuerdo.

Citemos tan sólo, como pilares que apuntalan su vida, la plaza de catedrático por oposición en la disciplina de Estereotomía, en la Escuela de Peritos Industriales de Valencia; ser arquitecto en diversos municipios como Gandesa en 1898, Tortosa en 1899, Ayora en 1918 y, sobre todo, por oposición, arquitecto jefe del Ensanche del Ayuntamiento de Valencia; presidente durante varios años del Círculo de Bellas Artes de Valencia; decano del Colegio de Arquitectos de Valencia, presidente del Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España; académico de número y presidente de esta Real Corporación; correspondiente de las de San Fernando de Madrid, San Jorge de Barcelona, etc.; Gran Cruz del Mérito Civil, Medalla al Mérito en el Trabajo; Tercera Medalla en la única Exposición Nacional a que concurrió; Medalla de Oro en la Exposición Regional de 1909; Medalla de Oro y Diploma en la Exposición Nacional de Hidrología de 1910 y, asimismo, Medalla de Oro y Diploma al Mérito en la Española de Artes Industriales, celebrada en Méjico en 1910.

Pero, nada de eso, por sí solo, hubiera sido suficiente, de no haber hecho de la arquitectura la gran vocación de su vida. Esa arquitectura que, como parte perteneciente a la historia, precisa de los grandes plazos que necesita aquélla, para que las obras enjuiciadas se vean libres de las modas del momento, más o menos agresivas, que sólo permiten la apreciación de aquello que es sólo pasajero.

¡Qué éxtasis sumo nos produce ver interpretar y escuchar la Novena Sinfonía de Bethoven por

una gran orquesta, ampulosos coros, bajo la correcta batuta de un gran director!, máxime en esta época de los conjuntos músico-electrónicos y de las grandes concentraciones musicales de juventudes hippies. Si la crítica y la sociedad toleran a éstos, como consecuencia de un momento concreto, que ellos por su parte no intenten destruir ni difamar la figura señera de un Bach o de un Bethoven.

Hay ciertos críticos que se permiten enjuiciar la arquitectura por su forma y modo y si no es de su complacencia, alegan que se produjo al servicio de la burguesía, en tono casi despectivo. No piensan que en cada momento de la historia, la arquitectura, como paladín del arte, ha estado al servicio de alguien, Iglesia, señor feudal o burguesía. Pero ello no ha sido impedimento para que las propiedades peculiares de cada edificio brillaran con luz propia.

Fernando Díaz-Plaja, en su obra «Los españoles y los siete pecados capitales», al hablar de la envidia, describe con fino humorismo, pero con lacerante realidad, qué difícil es que un contemporáneo alabe o enjuicie con serenidad hechos u obras de un coetáneo. Si el éxito es evidente, atacarán entonces sus restantes flaquezas, a veces la conducta de sus hijos, cónyuge, estado de salud, etc.

Cuando se realizó, para el año 1929, la Exposición Internacional de Barcelona, haciendo honor a su cometido, se expuso a los visitantes aquello que podía ser un orgullo el ser mostrado; y un grupo de arquitectos y algún pintor proyectó, para ser expuesto, un Pueblo Español, pero no concebido bajo la moda o estilo de aquel momento, sino agrupando armónica y magistralmente edificios ya existentes. ¿Quién se atreverá a atacar o destruir aquello? Al contrario, el Ayuntamiento de Barcelona, adquiriendo una paternidad simbólica sobre todos los pueblos de España, atiende a su conservación, dando carácter permanente a lo que se hizo con un fin pasajero.

Aquí, en Valencia, también tuvimos una Exposición Regional en 1909 y Nacional en 1910, y cuando faltaba mucho menos de un año para la inauguración de la primera, estando ya iniciados otros pabellones, el Ayuntamiento no había previsto la ejecución de su Pabellón, donde recibir a los invitados visitantes del certamen. Entonces, se dirigió a su joven arquitecto Mora, que apenas contaba 33 años, pero ya experto en su oficio —recordemos había comenzado a ejercer a los 22 años—, encargándole —conociendo su tradicional vida en Barcelona— proyectase a modo de un gran entoldado o pabellón ferial, para salir de aquel compromiso amenazante. Mora, conociendo el programa y su destino —para una Exposición— concibió, desarrolló y terminó en 90 días el actual Pabellón Municipal, llamado de la Exposición, único edificio que resta en pie de aquellos inolvidables certámenes y que mereció los elo-

gios del presidente de la Sociedad Central de Arquitectos que lo calificó de joya arquitectónica, así como que constara el nombre de su autor en la fachada.

Aquella sugerencia, 40 años después, en el 1951, tuvo plena efectividad al ser descubierta por el Ayuntamiento en Pleno la placa que, dando su nombre a una calle anexa al Palacio, obra del escutor académico don José Justo, y costeada por el Colegio Oficial de Arquitectos, había de perpetuar la memoria del autor.

Se han emitido juicios acerca de su poca originalidad, con algunos vocablos que califican más que a la obra, a los que los emitieron. ¿Qué podía haber hecho Mora entonces? *Creo, sinceramente, que hizo lo que debió.* Ofrecer en una sola fachada un compendio de la arquitectura gótica valenciana, en su triple aspecto: religioso, civil y militar, simbolizados por su torre aguja, logia central y torre almenada. Su propia personalidad artística, el estudio y el cariño por él ya manifestado hacia el arte gótico de nuestro suelo, le llevaron a sentar, como base de su concepción artística en ese momento, el no poder prescindir de dicho estilo, por ser, por una parte, fuente legítima de inspiración, legada por pasados siglos y, por otra, ejemplo de orgullo local, digno de ser manifestado, precisamente en el pabellón de la ciudad. Lo meritorio es haber sabido trazar el conjunto con tales condiciones de proporcionalidad, que armonizan perfectamente sus variados y múltiples elementos.

Los detalles al exterior fueron, en algunos casos, fidedignas copias de sus modelos, pero ¿es ello torpeza o falta de ingenio? Cabría preguntarse si, cuando Vilet-le-Duc, restauró el ábside de la Catedral de París y añadió la flecha, introdujo algún estilo propio.

El citado Palacio Municipal fue habilitado para grandes fiestas; de ahí su monumental escalera y gran salón ambientado por él, con elementos típicamente valencianos que todavía pueden comprobarse.

Si se me permitiese un juicio crítico, con aplicación de la estética pura, tan generalizada en otras partes y poco usual en la nuestra, sería de un sincero y emocionado aplauso. Es evidente que esta fachada constituye una victoria para el autor, ya que su belleza ha impedido cumplir su deseo a los que han querido o intentado su destrucción.

Perdonemos con benevolencia a la crítica inoperante que dijo que este Palacio Municipal no es original, cuando hemos visto su finalidad y circunstancias; que el Mercado de Colón parece de Gaudí, cuando lo lógico es pensar que, un arquitecto formado en Barcelona, haya podido tomar ideas de un genio como Gaudí y tener la suficiente inteligencia para adaptarlas a sus propias convicciones; o que el

Banco Hispano Americano no era funcional, tratando de justificar su bárbaro derribo, *cuando*, curiosamente, y como muestra de su valor artístico propio, se ha realizado con su puerta de entrada, entonces enmarcada bajo el arco central de los cinco que componían el basamento del edificio, el fondo arquitectónico del recién inaugurado monumento a Sorolla y bastando por sí misma, para darle realce arquitectónico.

* * *

Parece como si una predestinación feliz asociase el nombre de Francisco Mora a los monumentos dedicados por Valencia a su máximo pintor; en los años 30, utilizando ciertas columnas, frisos y basamentos que habían sido adquiridos, por iniciativa de Sorolla, para un futuro Palacio de las Bellas Artes en Valencia, construyó Mora en la misma playa de la Malvarrosa, en que, aquél, pintara tantas obras inmortales, el primer monumento centrado por el busto en bronce, obra de Mariano Benlliure y alrededor del cual se erguía, en semicírculo, la columnata resultante de asociar aquellos elementos, añadiéndoles algunos detalles de ornamentación. *Ahora*, cuando aquel conjunto quedó destruido por los elementos desatados de la riada del 57 y tras una instalación provisional del citado busto, se instala de nuevo, con más riqueza y carácter definitivo, el actual y digno monumento, enmarcando el busto, en la puerta central a que antes he aludido, del inexplicablemente demolido edificio bancario. Los nombres de Mora y Sorolla se unen, pues, de nuevo, en el homenaje de Valencia al autor de «Triste herencia» y «Sol de la tarde». También se une el de Francisco Mora al de Mariano Benlliure, pues en uno y otro monumento a Sorolla, el tema central, lógicamente, es el busto magistral, obra de don Mariano, retrato del citado pintor, su gran amigo. Y en la fachada del Ayuntamiento —hecho hasta la cornisa en colaboración con el arquitecto don Carlos Carbonell—, las líneas del cuerpo central, diseñadas por Francisco Mora, encuadran en las enjutas del gran arco dos relieves de Benlliure y, asimismo, se emplaza su magno escudo de Valencia, con dos figuras femeninas en sus flancos.

En esta obra del Ayuntamiento, objeto de algunas críticas insensatas a que antes aludí, figuran, aparte de ese cuerpo central, rico en ornato plástico, otras obras escultóricas exentas, de los que fueron ilustres académicos de esta Corporación, Carmelo Vicent y Vicente Beltrán. Y, en ella, brillan, en todos los sentidos de la palabra, las cúpulas laterales, cubiertas de ese reflejo metálico tan valenciano; pero, sobre todo, destaca la torre o campanil para el reloj y el carrillón, al modo de tantos Concejos de Italia, Flandes, etc. Dicha torre se flanquea con dos cuerpos de base rectangular, perimetrados con

columnas, que dan, para el aspecto del conjunto, indudablemente, y pese a quien pese, majestuosidad indudable.

En el mismo edificio hizo Francisco Mora mucho más: toda la parte interior, recayente a dicha fachada, enlazada con la antigua, la gran escalera de honor que hoy preside una escultura marmórea del Corazón de Jesús, obra de otro académico de esta casa, don Ramón Mateu; el Salón de Fiestas, ornados sus techos por los pinceles de quien, a su vez, dio lustre a esta Academia, miembro de número, don Salvador Tuset y, en las enjutas de los arcos laterales, obras de otros tantos académicos escultores, a más de los ya citados Vicent y Beltrán, como Giner y otros.

Pero, quizá, la creación más sentida y original fue el hemiciclo o consistorio, llamado Salón de Sesiones, con sus escaños, estrado, presidencia y tribunas, etc., que constituye un prodigio de medida y entonación, como se comprueba cada vez que es utilizado, aparte de su finalidad específica para Asambleas o sesiones de diverso objeto, todas realizadas por este marco en que se realizan.

Ya en su última época como arquitecto, ateniéndose al estilo funcional muy propio en este caso, dada la finalidad a que iba a ser destinada la obra, trazó y dirigió, en el propio edificio del Ayuntamiento, y sobre solar ocupado por la antigua iglesia de la Sangre, destruida en 1936, un amplísimo hall de severas líneas, llamado el patio acristalado, con una escalera monumental al fondo, de moderna construcción, bajo un elegante artesonado.

* * *

En un recorrido por esta Valencia, admiraremos o recordaremos otros edificios, debidos al lápiz y a la dirección infatigable, celosa e intolerante con el error y la ligereza de quien este año cumpliría su centenario. Baste aludir, en lo religioso y educativo, a los templos de San José de la Montaña y del Colegio de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, así como al del Convento de Religiosas Adoratrices. En lo también docente, a la vez que señorial, al Palacio de la Marquesa de San Joaquín y al Colegio para Huérfanos de su fundación; en lo hospitalario, al Asilo Hospital de San Juan de Dios en la Malvarrosa y al de Jávea; y en lo estrictamente docente a las Escuelas Nacionales de Carlet, Masalfasar, Cargente, Alcudia de Carlet, Ayora, etc., y la Escuela de Peritos Industriales de Valencia, ubicada en la avenida de José Antonio, objeto y víctima de reforma desafortunada, equivalente a su desfiguración arquitectónica. También en lo puramente religioso, sobre todo, las obras que realizó, en el año 1919, en la Catedral de Valencia, consolidando su esbeltísimo cimborrio y la puerta de los Apóstoles, y la acertada restauración de la Ermita de San Jorge en

El Puig. Y no se olviden la Casa de la Democracia en Valencia, en la calle de Correos, objeto que fue de tantos destinos y hoy desaparecida; la delicada instalación de la Oficina de Turismo en los Bajos del Ayuntamiento de Valencia y el primer proyecto y dirección, colaborando con don Javier Goerlich, del Palacio Ferial y de Muestras. Como ejemplo de lo residencial, el bloque de viviendas recayente a tres calles, las de Gregorio Mayans, Martí y avenida de José Antonio, y la casa de la esquina de Blanquerías-Padre Huérfanos, todo lo cual acredita lo flexible de su inspiración y su maestría en obras de tan diversos cometidos y carácter, como amplio abanico de posibilidades creativas y, sobre todo, en los edificios residenciales citados, se acusa el acertado recuerdo, bien tratado, de lo mejor y más noble del Renacimiento hispano, o el goticismo de un edificio en la plaza del Mercado, o los que nos legó en la plaza del Caudillo.

En lo urbanístico, debe destacarse el proyecto, las Ordenanzas y el desarrollo del Ensanche de Valencia, aprobado por Real Orden de 10 de diciembre de 1912, obra suya totalmente, que dio margen y apertura al viejo casco urbano, encuadrando la ciudad con sus Grandes Vías en ángulo recto, dentro del perímetro delimitado por el Camino de Tránsitos, cauce para todo el movimiento actual, entonces insospechado, pero que hoy resuelve, en gran medida, el problema urbanístico del crecimiento de Valencia.

Párrafo aparte merece, todos lo sabéis, el ya citado y magnífico Mercado de Colón, que rodeado entonces de huertas, acusaba que su autor ya presentía la densidad del barrio al que iba a servir.

Volviendo a su tarea arquitectónica, la obra de adaptación para Museo del edificio en que estamos, fue una de sus empresas predilectas, pasada ya la mayor y más activa parte de su vida profesional.

Hay que destacar esa difícil solución que encontró al hermanar, en el jardín inmediato al Museo, el arco del Palacio de Mandas, todo en piedra, con un arco de ladrillo, de airoso capialzado, en el que dio cabida a las dispersas piedras que existían en el jardín del Museo. Hoy constituye un bello pórtico, cuando desde el jardín de Viveros se contempla el Museo.

Y así seguiría en un etcétera interminable, que sólo interrumpe su muerte, ciertamente wagneriana, en su dramatismo espiritualista, acorde con su devoción musical preferida, final trágico al que le llevó su amor de padre, al acudir a Barcelona, donde operaban a la esposa del hijo menor muerto con él en tierras castellanenses.

A más de lo dicho, o sea, una vida consagrada a su oficio y a su arte, que en él eran una misma cosa, apenas añaden nada los inúmeros cometidos, dis-

tinciones y honores que recibiera, como haber sido arquitecto de la Junta Provincial de Sanidad; arquitecto del Catastro, hasta pasar después a jefe de la Sección Facultativa de Ensanche de Valencia, durante medio siglo, habiendo alcanzado por todo ello la categoría de jefe de Administración Civil de Primera clase; presidente, según se dijo, del Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, cargo de elección colegial, desde 1934 a 1936 y reeligido en 1939 a 1942; representante de los arquitectos españoles en la III Reunión Internacional de Arquitectos, celebrada en Praga en 1925; representante en nuestra Patria del Comité Internacional de Arquitectos residentes en París y miembro destacado en todos los Congresos de arquitectos celebrados en España; vocal en numerosos concursos y miembros de Tribunales y Jurados para la provisión de plazas de profesor y pensiones, tanto de música como de artes plásticas y multitud de publicaciones y trabajos monográficos que figuran en las revistas profesionales. Omitimos, en atención a la brevedad, los juicios que sobre la obra de tan genial arquitecto emite Karl Woermann, en su famosa «Historia del Arte»; las manifestaciones del desaparecido doctor Alcaide, en su discurso de ingreso a esta Corporación, versando sobre la arquitectura de Mora, etc.

Pero no nos resistimos a transcribir el juicio emitido por el Ayuntamiento de Valencia, con ocasión de cumplir 70 años Francisco Mora Berenguer en 1945, texto tan justo como detallado y emotivo para todos, y en especial, ya lo comprenderéis, para quien tiene el honor de hablaros y el orgullo de hacerlo sobre este tema entrañable, y que dice así:

«El arquitecto jefe de Ensanche, don Francisco Mora Berenguer cumplirá el día 7 de septiembre próximo 70 años de edad, que es la prevista para la jubilación forzosa por razón de edad.

La hoja de servicios de este ilustre funcionario es digna del mayor encomio; tomó posesión el señor Mora del cargo de arquitecto de Ensanche el 1.º de agosto de 1901, en propiedad, después de unas brillantes oposiciones, o sea, que cuenta 44 años de antigüedad.

En todo momento demostró celo e interés en el ejercicio del cargo, en los múltiples y difíciles asuntos en que ha intervenido, dejando patentizada su competencia profesional y refinado gusto artístico,

con lo que, reconociéndolo así el excelentísimo Ayuntamiento en repetidas ocasiones, le concedió expresivos votos de gracias por su acertada gestión.»

Y tras una detallada descripción de sus obras, termina así: «El examen de estas obras es el mejor testimonio para enjuiciar la labor de este arquitecto, por lo que *sería sensible tener que prescindir de una tan importante como necesaria colaboración, si, llegada la fecha del 7 de septiembre próximo, fuese jubilado; siendo patente que el señor Mora está en plenitud de sus facultades físicas y mentales* para el ejercicio de su profesión, extremos que se justifican por certificación médica y, a pesar de tener bien ganado su merecido descanso, está dispuesto a continuar prestando servicios en el cargo que ostenta.»

Y, caso insólito dentro de la legislación vigente, don Francisco Mora Berenguer, a satisfacción de la Administración y movido por su amor a la arquitectura y a Valencia, continuó, durante varios años, después de la fecha en que debió cesar, prestando al frente del Ensanche de Valencia sus servicios profesionales.

Creo que esto que acabo de citar es el mejor colofón a mis palabras de hoy, precisamente por no ser mías y como un resumen veraz del espíritu que ha informado a quien, contando con vuestra benevolencia, os habla.

Esta Real Academia puede brindar el mayor honor al recuerdo de uno de sus hijos predilectos y ofrecer un obsequio a la ciudad, rogando encarecidamente la declaración de interés artístico de alguna o algunas de las obras de don Francisco Mora, comprometiéndose a conservarla, para generaciones posteriores, ya que si, por desgracia, aquellos edificios que dejó en diversas zonas de esta luminosa ciudad, desaparecieran por pertenecer a patrimonios privados, otros, en cambio, por ser patrimonio municipal, podrán ser salvados de su posible destrucción.

Quiero finalizar expresándoos cuán agradecida está la Real Academia y yo, particularmente, a vosotros, autoridades, ilustres compañeros y público en general, por asistir a este acto conmemorativo del centenario del nacimiento de aquel gran arquitecto valenciano que fue Francisco Mora Berenguer.

JOSE MORA ORTIZ DE TARANCO